

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN CASTROS DE LA RIA DE VILLAVICIOSA: UN POBLAMIENTO DE LA EDAD DEL HIERRO

Jorge Camino Mayor

En el año 1987 afrontamos un trabajo de investigación que tenía como fin conocer el poblamiento castreño vinculado a la Ría de Villaviciosa. Dicho proyecto, además de suponer una oportunidad para continuar y profundizar en una línea de estudio que habíamos iniciado bajo la dirección del Dr. M.A. de Blas Cortina centrada en los castros marítimos asturianos, tenía de antemano su mayor implicación en la traslación geográfica de un campo de estudios que para nuestra Región se había concentrado casi de forma exclusiva en la zona occidental.

Solamente la ya lejana excavación del Picu'l Castro de Caravia y las que estan en curso en la Campa Torres constituyen salvo los hallazgos descontextualizados la única fuente de información para el resto de la extensión administrativa.

Los recientes trabajos en la Cuenca de Navia (Carroceira, en prensa) han supuesto una revisión cronológica del fenómeno castreño de esa zona que quedó encuadrado en un contexto plenamente romanizador.

La paulatina revisión de materiales y estratigrafías de varios castros dejaba la impresión de una casi inexistencia dentro de nuestros límites administrativos de una cultura castreña ligada a la Edad del Hierro, hecho que además no dejaba de contrastar con las áreas limítrofes peninsulares. De este modo se nos brindaba una ocasión propicia para saber entre otras cosas si era un desequilibrio en la orientación espacial de las investigaciones, atraídas por la riqueza y complejidad de los castros occidentales, lo que estaba ocultando un hábitat que para épocas anteriores se había establecido preferentemente y con premisas económicas diferentes en otras áreas.

El espacio geográfico elegido para el desarrollo del trabajo, la Ría de Villaviciosa y su continuación hacia el interior en el Valdedios, constituye una unidad física con unas características y escala en principio apropiadas para el desenvolvimiento en su contorno de una actividad humana completa. No en vano, y eso era otra razón a añadir, reúne un número de castros que supone la mayor agrupación en la franja costera de la mitad oriental de la Región, lo que desde una perspectiva espacial avalaba el postulado anterior.

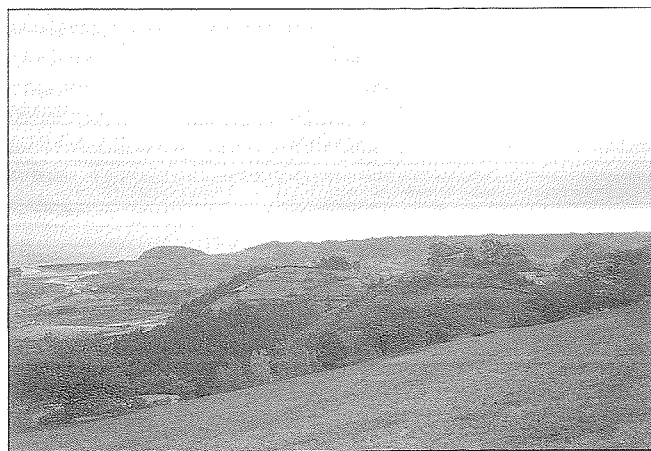
El plan de trabajo se fundamentaba en la obtención de un repertorio de materiales con sus referencias estratigráficas a partir de los que poder estructurar un marco cronológico y cultural para los asentamientos. Dentro de la configuración arquitectónica de los castros se trató siempre de documentar las zonas de las estructuras defensivas interiores. La excavación de dichos elementos en esta tipología de yacimientos ofrece, como ya se sabe desde hace tiempo, los mejores datos para conocer la fundación,

evolución y abandono de aquellos al menos en cuanto tales fortificaciones. Además, y como luego los resultados evidenciaron siempre, lo pronunciado de los relieves propios de nuestra Región implican una activa erosión de la dera que favorece la acumulación de los depósitos sedimentarios en las zonas perimetrales que ocasionan las defensas.

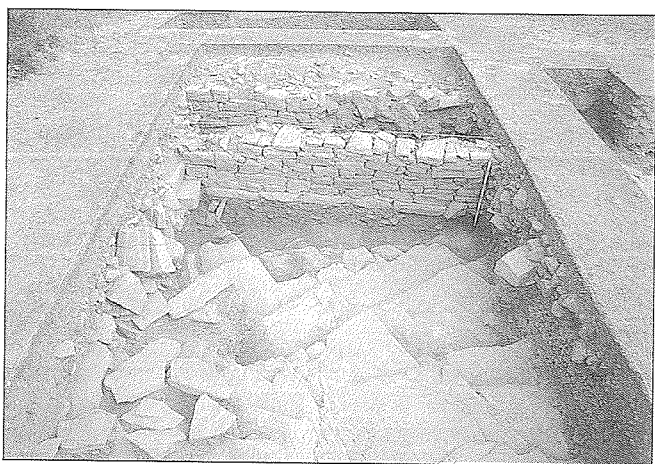
LOS PICOS CASTRO Y CASTIELLO (MORIYON-MIRAVALLS)

Constituyen estos sitios dos montículos sucesivos de forma cónica separados por un corto collado que se destacan en contrafuerte desde el Picu Fario por la margen oriental de la Ría, sobre la que se alzan más de dos centenares de metros. Hasta la falda septentrional llegarían en origen las aguas marinas por medio de un amplio estero actualmente desecado.

Este lugar posee una tradición bibliográfica antigua alusiva a su condición arqueológica. A mediados del pasado siglo P. Madoz (Madoz, 1855) recoge que en el Castiello "se ven señales de fortificación, como son cimientos de murallas, escaleras y pedazos de fosos; allí se han hallado varios sepulcros, alhajas de oro y plata y hasta brazaletes...". En términos parecidos se refieren también J.M. Cuadrado y la obra de Bellmunt y Canella. A estos datos añadió C. Cabal (Cabal, 1953) con ribetes ampulosos el hallazgo de piezas de oro, fíbulas de bronce, frenos de caballo, cuchillos y molinos circulares fruto de las remociones realizadas por las labores agrícolas. Esta crónica de hallazgos materiales sólo descritos sumariamente en uno o



Fot. 1.—Los Picos Castro y Castiello de Miravalles vistos desde el SO. La bocana de la Ría al fondo



Fot. 2.—El Pico Castiello. La excavación en el interior de la muralla en el sector D. En primer plano hacia la izquierda se observa parte de un enlosado. Tras el paramento exterior aparece la obra originaria presumiblemente derruida



Fot. 4.—El Pico Castiello. Zona excavada de la cabaña en el sector D. Por la parte inferior izquierda transcurre el alineamiento de piedras que actúa de medianera. Arriba a la derecha el basamento de un muro que se acerca al de la vivienda

dos casos, que por otra parte debieron de estar siempre “desaparecidos” y de los que no se conoce referencia gráfica alguna, sirvieron a J.L. Maya (Maya, 1984) para situar el yacimiento en la etapa prerromana clásica, entre los siglos III-I a. de n. E. Aunque este argumento cronológico nos parecía sumamente endeble, había dos hechos que atraían en especial nuestra atención, de un lado la tradición de relevantes hallazgos que parecían testimoniar una seguridad en la fertilidad arqueológica y, de otro, no se nos escapaba la similitud topográfica y espacial entre este



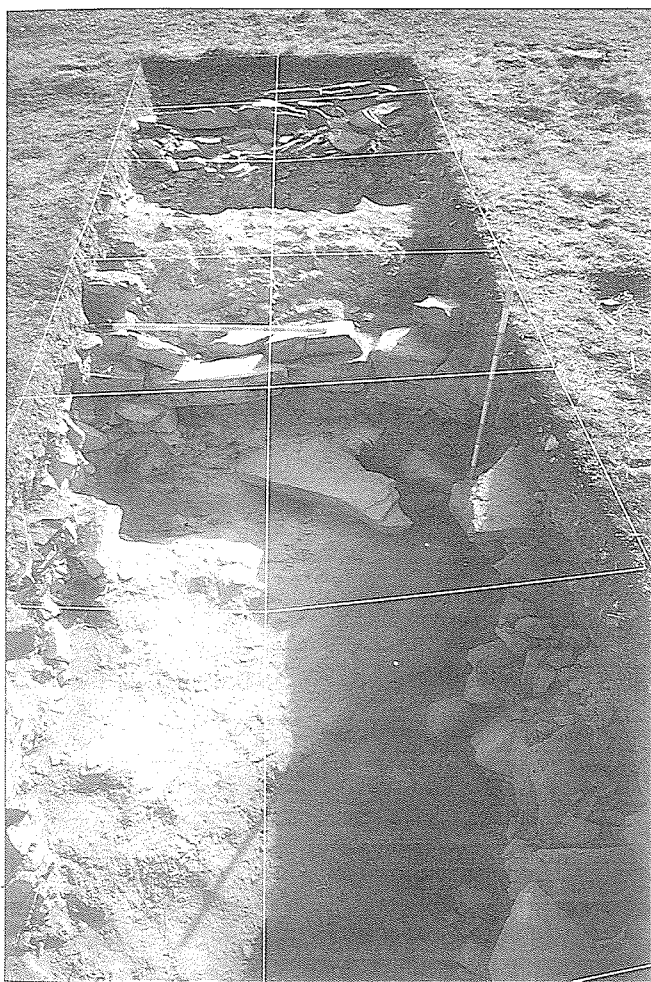
Fot. 3.—El Pico Castiello. Vista de la sección de la muralla en el sector D

emplazamiento y el del Pico'l Castro de Caravia, sin que de ello pretendiesemos decantar ningún determinismo.

En la prospección del lugar resulta sorprendente que de los dos cerros el que manifiesta vestigios de obras fortificativas es el conocido como El Castro, en tanto que las noticias bibliográficas, las leyendas y la catalogación reciente del yacimiento (González, 1966) se relacionan con El Castiello.

En efecto, El Pico el Castro, intermedio entre la sierra y la otra colina, consta de dos taludes de hasta 5 m. de altura que se escalonan en la ladera, definiendo por recinto una pequeña cumbre mayoritariamente aplanada y de forma oval.

Los múltiples sondeos efectuados en este sitio revelaron la ausencia de una sedimentación asociada a su ocupación. Únicamente se pudo comprobar que el talud interno estaba coronado por un murete o cerca del que restaba la hilada de base y un derrumbe de moderadas proporciones a su pie. A la luz de estos resultados hemos de pensar que este primer cierre podía cumplir la función de acrópolis o, si se quiere, de lo que se viene entendiendo como antecastro del asentamiento situado a continuación. Ejemplos parecidos de vecindad entre dos recintos fortificados suelen mencionarse a veces en la Meseta Norte pero con una función y cronología no determinados. Con las espaldas cubiertas por la entrada de la lengua marina y rodeado de largas pendientes, el acceso se efectuaría por el Sur, a través del collado y por debajo de ese primer pico. No en vano la mayor relevancia de la fortificación de este hace



Fot. 5.—El Pico el Castro. En el centro de la cuadrícula la base del muro que corona el talud y por delante la antigua pendiente

frente a ese lado por donde creemos discurría un antiguo camino procedente de la marina y que se suele considerar calzada.

A diferencia del caso precedente El Pico Castiello, una colina troncocónica de cumbre redondeada, muestra un buen número de terrazas, generalmente de escasas dimensiones y terreras, en las que no dejaba de ser muy forzado hablar de finalidades defensivas. Las excavaciones consistieron en sondeos iniciales, en un corte estratigráfico y por último en un planteamiento más extensivo de las cuadrículas, fase en la que nos encontramos, encaminadas respectivamente al reconocimiento y valoración potencial del

sitio, aclaración de su secuencia estratigráfica y obtención de un repertorio expresivo de materiales y estructuras. Esa zona superior de la colina que se puede identificar con el recinto, ya que los cambios topográficos indicados por aquellos banales parecen deberse más, como comprobamos en un par de casos, a la repartición parcelaria y aprovechamiento posterior del espacio que a las obras castreñas, ha sufrido diversas perturbaciones en su registro arqueológico. En realidad, este parece limitarse en óptimas condiciones por lo que ahora conocemos a una franja de unos 500 m² situada en el margen meridional de la cumbre. La búsqueda de tesoros que afectó a una buena parte de la cima, según evidencian los socavones realizados en una de las fincas, y la extracción de piedra de la muralla y del roquedo por los vecinos de las proximidades hasta fechas recientes han mermado una gran parte del yacimiento. La erosión de ladera en el resto de los lados, tal como manifiestan algunas coladas de arrastre y lo acentuado de la pendiente, inspiran poca confianza en la fertilidad de otras zonas del castro, por demás con peores condiciones de habitabilidad.

Esa terraza fue, pues, el objeto fundamental de los trabajos de excavación que se distribuyeron en tres sectores espaciados. En todos los casos la base de la estratigrafía está indicada por un nivel de tierras oscuras que posee abundante material arqueológico, en esencia cerámico, y que debió de ser enrasado por la ocupación posterior. Existe una relativa variedad en ese repertorio cerámico. El más abundante, que hemos de atribuir a una producción local, es de pastas en ocasiones muy porosas, debido con toda probabilidad a la combustión de desgrasantes orgánicos, hechas a mano y cocidas a baja temperatura y de forma desigual pero en atmósfera predominantemente reductora. Se trata, en suma, de una cerámica muy quebradiza de tonos oscilantes entre naranja, castaño, castaño-grisáceo y negro. Entre ellas puede definirse un grupo de una mejor calidad que puede ir decorado. Unos pocos fragmentos responden a tradiciones distintas pero tienen en común su elaboración mucho más cuidada. La elevada fragmentación que involucra a todas las cerámicas convirtiendo en excepcionales los trozos que superan los 5 cm. de dimensión mayor obstaculiza todo intento reconstructor y la fijación de formas, problema que además fue común a todas las excavaciones que practicamos. No obstante, se hacen evidentes perfiles de tendencia globular, bordes suavemente exvasados y bases siempre planas. El número de casos decorados es muy bajo. A título de ejemplo podemos decir que fue de aproximadamente un 6% para el conjunto de los niveles castreños en la última campaña. Los motivos reconocidos son bandas acanaladas tan-

to profundas anchas y estrechas como tenues y anchas, triángulos incisos terminados en círculos concéntricos estampados, espigados incisos, pezones poco resaltados, líneas bruñidas cruzadas e impresiones de ruleta.

El resto de la cultura material está representada por una cuenta de bronce de perfil bitroncocónico y diversos fragmentos principalmente de hierro difícilmente identificables. La aparición de escoriaciones con paredes cerámicas adheridas, quizás de crisoles, acredita como viene siendo habitual en la mayoría de los asentamientos castreños una actividad fundidora local. Finalmente, en piedra se encontraron trozos de afiladeras y parte de una fusayola. También se consiguió obtener una buena muestra de semillas que a falta de un dictamen definitivo presumimos de trigo.

Ante la ausencia por el momento de algún elemento defensivo al que asociar esta primera ocupación no debiera de sorprender que esa condición recayese en el cierre del Pico el Castro ya descrito.

Apoyada sobre esa capa e incluso cortándola se edificó una muralla que señala la segunda fase de ocupación y acapara la mayor parte del depósito arqueológico. Se compone de dos paramentos que sirven de encofrado a un relleno de cascotes. Estos lienzos se levantan con bloques tabulares de arenisca de cara regularizada al exterior colocados en seco y ajustados con ripios. Su altura máxima conservada es de 1 m. y su anchura general es de 4. En diversos puntos esta construcción fue desmantelada hasta su misma base con el fin de sacar la piedra. Una cerámica de aspecto altomedieval que penetró con unas tierras que encubren en una de las zonas la ausencia de derrumbe exterior, nos indica que para dicho momento esa actividad debió estar ya muy avanzada. Así como parece claro que esta muralla se extendía por todo el frente meridional del cerro en una longitud que rebasa los 50 m., no disponemos, por contra, de evidencia alguna que corrobore su continuidad por el resto del perímetro. En el último sector excavado el paramento interno parece haber sufrido un desplome parcial en el mismo momento de su construcción. Este evento se solucionó con la yuxtaposición de un nuevo lienzo que ensancha en más de 1 m. la obra originaria. Aunque debiera de proseguirse la excavación de esa zona por la complejidad que introduce un giro de 90° del lienzo interior, presumiblemente para librar una cabaña preexistente, somos partidarios de aquella interpretación que se asemeja a las reparaciones efectuadas en las murallas de Cameixa (López Cuevillas y Lorenzo, 1986) y Terroso (Coelho, 1986), frente a otras alternativas como una muralla reforzada al estilo Cogotas y Chamartín de la Sierra (Cabre, 1930 y 1950), o simplemente escalonada. El servi-

cio de esta construcción estaba atendido por un corredor interior enlosado cercano al metro de anchura. Otros elementos inmediatos a la muralla cuya función se nos muestra algo más difusa son un ancho muro de trayectoria paralela de posible contención interior, una zona pavimentada de arcilla con señales de combustión y otra caminería enlosada de acceso al paseo de ronda.

No cabe duda que la realización de esta obra defensiva conllevó una importante reducción del espacio habitable al menos en ese lado y quizá se relacione con esa transformación urbanística la presencia entre el relleno de la muralla de trozos de revoque de barro con improntas de ramas perteneciente a las construcciones de habitación. Precisamente la única manifestación hasta el momento de arquitectura doméstica apareció también en esta última campaña y, aunque excavada tan sólo en aproximadamente un tercio de su superficie, sabemos que tiene una planta curvilínea y que parece tratarse de una pervivencia del momento anterior. Las paredes se basaban en un zócalo de piedra de 40 cm. de anchura y 30 de altura conservada sobre el que se levantaba un entramado de maderas revestido por un manteado de barro que se enlucía de blanco en la cara vista. La cubierta habría de ser necesariamente vegetal. Una hilera de piedras de recorrido aparentemente secante, posible sostén de una pared medianera de materiales ligeros, tal como se interpreta un caso igual en el yacimiento de Choisy-Au-Bac (Buchsenschutz, 1984), marca una división interior, habiendo hacia un lado un piso de arcilla calcinada y hacia el otro sólo endurecida. Su función como vivienda viene garantizada por el hallazgo del aro y gancho metálicos de lo que en la bibliografía se denomina *lar*.

La cerámica encontrada en los distintos niveles que se relacionan con este segundo momento, aunque en menor cantidad, manifiesta una absoluta continuidad en factura y decoración, si bien con una mejor calidad general. Entre los ornamentos de la cerámica local pueden destacarse triángulos incisos rellenos de ungulaciones, bandas incisas de triángulos y líneas oblicuas y acanaladuras anchas y tenues. En cerámica negra de cuidada calidad, peinados finos rellenando triángulos, incisiones de EE o serpentiformes. Entre el derrumbe interno de la muralla se registró un fragmento aparentemente torneado provisto de una banda reticulada de líneas bruñidas.

Pero el objeto más destacado fue una fíbula completa de bronce que apareció entre el relleno de la muralla donde seguramente fue extraviada. Aunque está aún en proceso de consolidación, consta de un resorte bilateral, arco semicircular acintado con incisiones decorativas y pequeña mortaja lateral, todo ello elaborado con un solo hilo

metálico. A priori podemos encuadrar esta pieza entre la tipología denominada "Golfo de León". Otros hallazgos fueron una fina hebilla anular, un disco o botón perforado y varios restos de bronce. Un regatón y una punta de lanza en hierro y una fusayola pétrea completan el conjunto.

Cuando ya se había producido el desmoronamiento de la muralla se levantó un muro que parece reutilizar su material constructivo. El conocimiento de una ulterior y aunque marginal ocupación se limita a esta estructura y a unos fragmentos cerámicos poco esclarecedores.

EL CASTILLO (CAMOCA)

Cuenta este castro con algunas menciones antiguas que hacen referencia a su condición fortificada (Cabal, 1953), dedicándole posteriormente J.M. González (González, 1975) un estudio detenido de los vestigios superficiales. Por su proximidad al pueblo de Grases donde se encuentra la lápida de los "Lugoni Arganticaeni" se ha supuesto también que esta pudo proceder de él (Maya, 1988).

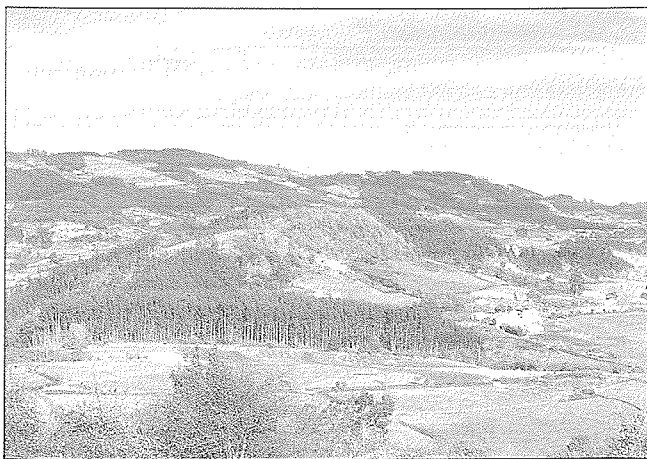
Su emplazamiento aprovecha una loma culminante de la pequeña cadena montañosa que recorre longitudinalmente la cubeta de Valdedios para dominar la casi totalidad de su trayecto. Un escarpado talud de casi una decena de metros de desnivel rodea el recinto, siendo precedido en el lado oriental por otros dos taludes escalonados, prolongándose el central por todo el lado Norte. El espacio interior adquiere el diseño uniforme de un óvalo en el que se individualiza una terraza perimetral que ciñe la

corona o culminación de la colina. No podemos ocultar que este conjunto de condiciones (posición geográfica central, dimensión y defensas relevantes) nos empujó a valorar con decidido optimismo el interés del yacimiento, máxime si se confirmaba una cronología avanzada en su hipotética relación diacrónica y referencial respecto al Castiello de Miravalles.

Se demarcaron dos sectores de trabajo uno cortando la terraza en la parte central del lado Norte y otro extendido en el lado occidental igualmente de la terraza. Cada uno de ellos tendría especial repercusión para la documentación respectiva del sistema defensivo y de la ocupación interior.

La estratigrafía, al margen de las peculiaridades que dictan en cada caso las distintas construcciones y del desarrollo de varios niveles muy posteriores (alguno alusivo quizá a cierta actividad altomedieval mal expresada), parece testimoniar a través de su homogeneidad un único momento de construcción y habitación del recinto castreño. La excavación en el borde de la terraza reveló que el talud estaba coronado por un parapeto que facilitaba el cierre del espacio interior. Su relleno de piedras y tierra no fue fácil de separar de un coluvión infrayacente. Un murete de grandes bloques informes, cuya cimentación cortó ese depósito actual de caballete, siendo el apoyo del lado interno del relleno un pequeño zócalo. La anchura de base de esta construcción ronda los 6 m. y su flecha central supera los 2 m. Por su superficie interior se deslizó una película carbonosa que muy bien pudiera corresponder a una empalizada que lo cumbrease. Esta estructura tiene en la Corona de Corporales el mejor paralelo que conocemos (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985).

En el otro sector se encontraron pegados al cierre defensivo varios vestigios de una construcción consistentes en media docena de agujeros para la inserción de postes de madera acunados con piedras, un hogar de losa semirodeado por pequeñas piedras hincadas, algunos fragmentos de barro con improntas de ramas y un murete de contención. Como suele ocurrir en este tipo de construcciones basadas en postes, desconocemos la planta de la cabaña a causa de la extensión limitada de la cuadrícula y del deterioro de algunas zonas. La habitación se realizó en todo caso sobre una capa de tierra compacta con algunos hallazgos dispersos que parecen obedecer a un relleno de nivelación. Los materiales de ocupación aparecen en una capa negruzca concentrada en gran medida por arrastre en el borde de la terraza. El casi medio millar de fragmentos cerámicos extraído es de una factura porosa idéntica a la más común de Miravalles. Las formas son también globulares y las bases rectas, pero entre los labios abun-



Fot. 6.—El Castillo de Camoca en el centro del valle observado desde el Sur

dan los redondeados y engrosados. Excepto algunos espatulados profundos de relativa atribución ornamental, sólo dos pequeños trozos, uno un labio plano, fueron decorados mediante la impresión de un muelle o de una ruletila. Curiosamente las cerámicas de la capa presumiblemente niveladora son más compactas y poseen desgrasantes calcíticos. Los pocos restos metálicos encontrados, rotos y deteriorados ya en origen, parecen revelar el modo en que se efectuó el abandono del sitio, de ellos sólo uno es de hierro. Abundantes muestras faunísticas en estudio, una fusayola, algún objeto de azabache y escorias de bronce integran el repertorio de hallazgos.

Además de los trabajos efectuados en estos dos yacimientos se han llevado a cabo diversos y pequeños sondeos en el asentamiento de La Corolla (Castiello) y en la fortificación de la Peña Castiello (Cazanes), descritos ambos con anterioridad por J.M. González (González, 1975 y 1963). En el primero de ellos los sondeos se caracterizaron por su esterilidad, deparando tan sólo un sector un alineamiento de piedras, medio centenar de cerámicas lisas iguales a las de Camoca y algunos trozos de azabache en bruto. Los resultados del segundo, que atestiguan su cronología altomedieval, se expusieron en dos artículos actualmente en prensa.

La sumaria relación que acabamos de hacer sobre los datos obtenidos en las excavaciones practicadas principalmente en los castros del Pico Castiello (Miravalles) y El Castillo (Camoca) han deparado una tipología de vestigios que son substancialmente novedosos en la arqueología asturiana desde las excavaciones del Picu'l Castro de Caravia, cuya publicación siendo modélica entonces deja hoy sin resolver varios interrogantes, y considerando la es-



Fot. 7.—El Castillo. Sector A. Muro central del parapeto



Fot. 8.—El Castillo. Sector B. Pequeño hogar y dos agujeros de poste

casa difusión aún del nivel prerromano de la Campa Torres, para el que se postula una vinculación al mundo del Soto de Medinilla y una cronología del final de la Edad del Hierro (Maya, 1989). La colección de materiales arrojada por el castro de Caravia, que sin duda obedece a una selección (De Llano, 1919), continua siendo excepcional sobremanera en lo que a las piezas metálicas respecta, aunque no se pierdan de vista las deficientes condiciones de perduración que por una u otra razón presentan los registros arqueológicos de los castros que por nuestra parte hemos excavado.

Aparte de las matizaciones cronológicas que a todas luces se establecerán, un denominador común se percibe en la valoración conjunta de estos asentamientos y es este el acusado particularismo que transmiten sus producciones materiales en consonancia con el régimen económico eminentemente autárquico que se propugna para la sociedad castreña prerromana (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988). Tras esta primera dificultad en el cotejo general de sus elementos ciertos rasgos, en cambio, denotan las similitudes sobre las que establecer su interrelación. Si por un lado la factura de las cerámicas es muy similar en los casos de Camoca y Miravalles, por otro, serán las formas y algunos temas decorativos de este último las que se parelezcan a las de Caravia. Este marcado localismo no excluye una incidencia de determinadas corrientes meridionales, mucho más dominantes, en unas proporciones que poco a poco habrán de irse precisando. Si bien es cierto que la clásica inclusión del castro de Caravia en el ámbito de influencia de la cultura Miraveche-Monte Bernorio pudiera completarse ahora con la semejanza de temas deco-

rativos de cerámica autóctona tan representativa como el de la unión de incisiones de dientes de sierra y pequeñas líneas oblicuas procedente de la Cueva del Cierro, Caravia y Miravalles y el que aparece en el castro burgalés de La Polera (Abasolo, 1979); o la impresión de ruletilla que muestra una cerámica, seguramente importada, en Miravalles y las dos de Camoca con los poblados de Rauda (Sarcistán, 1986) y especialmente de Castrojeriz (Abasolo, 1983). Otras formas como la cazuela y un borde recto de Miravalles y varios otros redondeados y engrosados de Camoca recuerdan abiertamente paralelos existentes en castros zamoranos imbuidos del mundo del Soto (Esparza, 1986); también hacia un ámbito occidental de la Meseta apuntan por las estratigrafías conocidas las conexiones de los dos fragmentos bruñidos de Miravalles.

Estas similitudes apenas esbozadas no pueden ocultar la falta de reflejo en nuestro ámbito de buen número de formas, decoraciones e incluso de secuencias culturales completas que caracterizan el traspais meridional. Ningún hallazgo de factura mediterránea se ha efectuado en estos asentamientos tan inmediatos a la costa por lo que carecemos de razones para prolongar la vía marítima comercial por la orla cantábrica.

Dentro de las habituales dificultades que suele plantear la determinación cronológica precisa de los asentamientos de la Edad del Hierro en el sector septentrional de la Península, la escasa presencia de materiales susceptibles de datación y en todo caso su procedencia derivada y más o menos retardataria, facilitando en suma el continuismo de las tradiciones locales, constituye aquí un serio proble-

ma añadido. Tampoco debe ser pasado por alto el desarrollo interno de cada poblado al abrir el abanico cronológico. De este modo, si la ocupación del castro de Camoca hubo de ser efímera a juzgar por la monotonía de los materiales y la débil deposición, en Miravalles se evidencia un asentamiento relativamente dilatado en el tiempo que implicó importantes modificaciones arquitectónicas. En el mismo castro de Caravia las palabras de A. de Llano parecen denunciar la existencia de una superposición de dos niveles que reportaron hallazgos materiales sin que halla quedado constancia explícita de su correspondencia.

En suma, si por un lado los materiales tipo Bernorio de Caravia y algunos de sus temas ornamentales cerámicos y de Miravalles pueden alcanzar una cronología máxima del siglo IV a. de n. E. (Maya, 1984), las decoraciones bruñidas de este último por las referencias conocidas encontrarían un acomodo óptimo en el siglo I a. de n. E. Entre ambos extremos será obligado precisar la ocupación de estos poblados.

Más que en las cuestiones de detalle cronológico, que tendrán su oportuno lugar de discusión cuando se afine el estudio de los materiales y una vez se disponga de varias fechas C-14 ya en avanzado tratamiento, consideramos más conveniente por ahora destacar la existencia al menos en el tramo centro-oriental de nuestra Región de una cultura castreña plenamente caracterizada y vinculada a la Edad del Hierro y como la evolución local y las coyunturas que atraviesan los grupos sociales autóctonos, tal como se viene poniendo de relieve entre los distintos focos castreños peninsulares, parecen ser las causas directas responsables del proceso formativo del hábitat castreño.

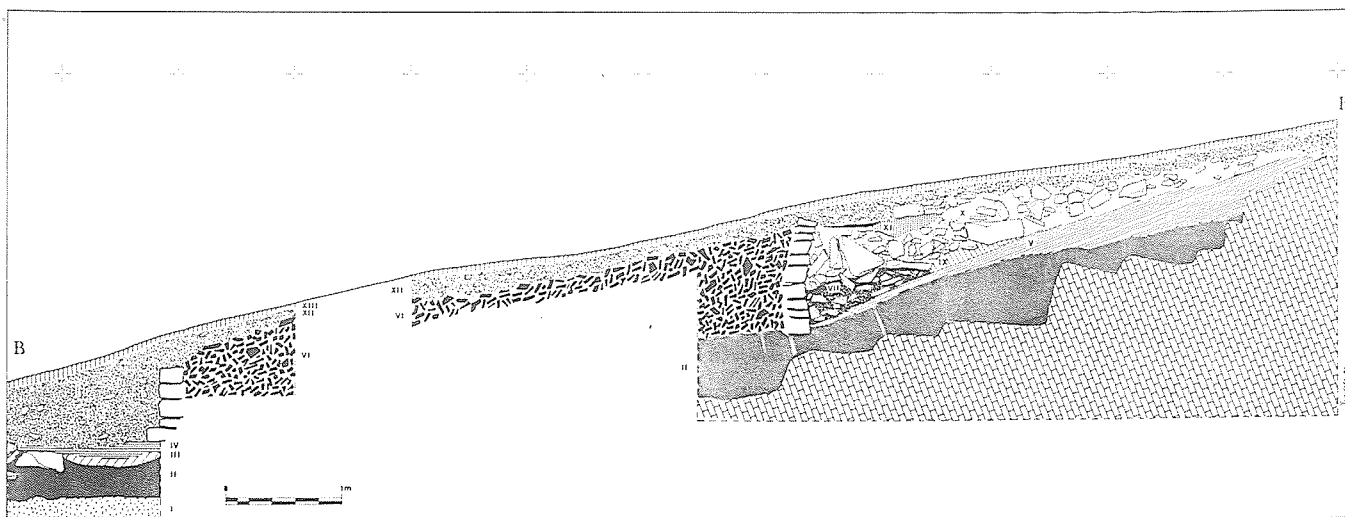


Fig. 1.—El Pico Castiello (Miravalles). Perfil B-B' de los cuadros A-D/1-13

Post scriptum. En el momento de la corrección de pruebas de este artículo podemos aportar, merced a la amabilidad del Dr. Fernán Alonso, la fecha radiocarbónica de 2190 ± 50 años B.P. perteneciente al nivel de ocupación-abandono del castro de Camoca que equivale al 240 a. de n. E. (C.S.I.C. - 850). Esta datación supone por ahora, con toda la relatividad inherente al sistema empleado, la más antigua para la ocupación de un castro asturiano y cuya cultura material de momento no desmiente.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J.A.; RUIZ, I. y PEREZ, F. (1983): Castrojeriz I: el vertedero de la Colegiata. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17.
- ABASOLO, J.A. y RUIZ, I. (1979): *El conjunto arqueológico de Ubierna. Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. B.S.A.A. XLV. Valladolid.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (1984): *Structures d'habitats et fortifications de l'Age du Fer en France Septentrionale*. *Memoires de la Société Préhistorique Française*, 18.
- CABAL, C. (1953): *La Asturias que venció Roma*. I.D.E.A., Oviedo.
- CABRE, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas*. Cardeñosa (Avila) I: El Castro. M.J.S.E.A., 110. Madrid.
- CABRE, J.; CABRE DE MORAN y MOLINERO, 1950: *El Castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. *Acta Arqueológica Hispánica*, V. C.G.E.A. Madrid.
- CARROCERA, E., en prensa: *El Valle del Navia en la época prerromana y romana*. Tesis Doctoral.
- COELHO, A. (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- ESPARZA, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo.
- FERNANDEZ-POSSE, M.^a D. y SANCHEZ-PALENCIA, F.J. (1988): *La Corona y El Castro de Corporales II*. E.A.E., 153.
- GONZALEZ, J.M. (1963): *Los castillos del Conde Piñolo*. Valdedios. Oviedo.
- GONZALEZ, J.M. (1966): *Catálogo de los castros asturianos*. Archivum, 16. Oviedo.
- GONZALEZ, J.M. (1975): *Los castros de Castiello y de Camoca en las inmediaciones de Valdedios*. Valdedios. Oviedo.
- LLANO, A. de (1919): *El libro de Caravia*. Oviedo.
- LOPEZ CUEVILLAS, F. y LORENZO, X. (1986): *Castro de Cameixa. Campañas 1944-46*. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.
- MADOZ, P. (1985) (Reed.): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*. Asturias. Valladolid.
- MAYA, J.L. (1984): *Habitat y cronología de la cultura castreña en Asturias. Portugal, IV-V*. Porto.
- MAYA, J.L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos. Estudios de la Antigüedad*, 4/5. Barcelona.
- MAYA, J.L. (1989): *Los castros en Asturias*. Biblioteca Histórica Asturiana. 21. Gijón.
- SACRISTAN, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos). Universidad de Valladolid.
- SANCHEZ-PALENCIA, F.J. y FERNANDEZ-POSSE, M.^a D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales I*. E.A.E., 141. Madrid.